



PRECIO PARA LA VENTA


25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 > extraordinarios... > 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: > > 3
EXTRANJERO: año... > 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... > 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. —— A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

Curiosidades de antaño.

II

ANTES de pasar á ocuparme de lo deficiente que resultaban en la suerte de varas la pericia y el valor de los libradores, no holgarán algunas observaciones acerca del segundo tercio, tal como se practicaba en aquellos venturosos tiempos, en que, al decir de un periódico ministerial, «brillaba no menos que la dignidad del Rey de España la sencillez y la benevolencia de Fernando VII».

Desde la época del gran Romero venían contándose las banderillas numéricamente, y no por pares como se hace ahora. ¿Cuándo se verificó la variación? Ahí va un dato que permite suponer que fué el año de 1829.

Al reseñar *El Correo* las corridas «ejecutadas» en 1828, lo hace siempre fijando por números la cantidad de banderillas que se clavaba á las reses. Y es de advertir la anarquía que reinaba entonces sobre el mayor ó menor castigo que se imponía á los toros en el segundo tercio de la lidia.

Véase, como ejemplo, la corrida verificada en la corte el 13 de Agosto, corrida de la que antes queda hecha mención.

El primer toro, lidiado en Plaza entera, llevó dos banderillas; el segundo tuvo que aguantar diez rehiletos; el tercero seis, y ocho el cuarto.

Al primer bicho de la primera división, en Plaza partida, le clavaron tres banderillas; una nada más al segundo, y dos al tercero. El cuarto se libró porque era de noche.

El primer toro de la segunda división se cargó nada menos que once banderillas; el segundo llevó cuatro y el tercero seis. El cuarto salió limpio de palitroques, por el mismo motivo que el de la primera división.

Pensará cualquiera — mucho más después de oír las maravillas que los ancianos cuentan de aquellos tiempos áureos del arte de lidiar — que el castigo arbitrario que los toros sufrían en el segundo tercio, se ajustaba estrictamente al estado de bravura y de poder en que quedaban después de la suerte de pica.

Nada de eso. Después de leer las revistas de toros de la época, se cae en la cuenta del capricho á que obedecían las reglas del arte, aplicadas sin ton ni son, y sujetas de todo en todo á las veleidades ó á las conveniencias de los lidiadores.

Muchas veces los toros blandos ó tardos llevaban muy poca leña, mientras que los que habían hecho en el primer tercio peleas sumamente duras, y llegaban á aplomarse y á recelarse, eran castigados con excesivo rigor en la suerte de banderillas.

Al llegar la temporada de 1829, *El Correo* deja resueltamente el sistema numérico, y adopta para lo sucesivo el de los pares.

Por cierto que la inauguración del nuevo sistema señala una bizzarria digna de anotarse. Hela aquí:

Al primer toro le pusieron «tres pares de banderillas, el primero desde la barrera». ¡Magnífico y cómodo procedimiento de los tiempos del toreo verdad, que daría en la cárcel con el banderillero que pretendiese adoptarlo en esta época del toreo mentira!

Hay que tener en cuenta que la referida función de toros estuvo dirigida por el famosísimo Juan León.

De los seis toros restantes (se lidiaron ocho) cuatro llevaron tres pares cada uno, y dos un solo par por barba.

Y como en adelante el sistema de los pares continúa sin interrupción, puede, como dije antes, suponerse que la variación data de 1829.

Averigüen ahora otros á quién se debió el absurdo sistema de encerrar en tres pares el castigo que, salvo rarísimas excepciones, se da hoy á los toros en el segundo tercio, sean cualesquiera las condiciones que hayan mostrado en el primero.

* * *

Viniendo ahora á la suerte de varas y á la falta de seguridad que tenían los picadores, por torpeza de los matadores que acudían á los quites, véase en qué términos se expresaba *El Correo*, al dar cuenta de la corrida verificada en Madrid el 12 de Octubre de 1829:

«Quienes (Juan León y Manuel Parra) en lugar de meter el capote á su debido tiempo, para llevarse al toro, suelen echarlo sobre el picador, que quedará prendado de su agilidad y destreza, especialmente cuando esté midiendo la tierra con sus costillas.»

Esto es nada para lo que ocurrió en la corrida del siguiente lunes 19 de Octubre de 1829. Lidiáronse en ella dos toros de Gaviria, dos de Muñoz y dos de Ortiz, actuando de matadores Juan León y Manuel Parra, y de medio espada Antonio Calzadilla.

La corrida fué un desastre para los lidiadores. Juan León mató su primer toro de un pinchazo y cuatro malas estocadas; Parra pinchó cinco veces al segundo bicho; León, en la muerte del tercero, cumplió con un pinchazo y una estocada; Parra mechó de tal manera el cuarto, que hubo que desjarretarlo con la media luna; y tocante al quinto cornúpeto, cuyo sacrificio tocaba á Juan León, óigase á *El Correo*:

«Leon le dió un pinchazo y tres estocadas cortas ó flojas á media vuelta ó paso de banderillas; y como saliese la media luna, principió á esgrimir la espada, menudeando las estocadas, saliendo en todas direcciones; y entre los banderilleros que se echaron sobre el toro, la espada que le hería, el cachetero que repetía los golpes con la puntilla y la media luna que desjarretaba al toro, al fin murió cayendo y levantando.»

Pero ahora viene lo extraordinario, lo que parecerá seguramente inverosímil á todos los aficionados modernos.

El resumen que de la corrida en cuestión hizo *El Correo*, dice así:

«Completa hubiera sido la corrida si los matadores hubieran cumplido como los picadores, que á pesar de las tremendas y peligrosas caídas que han llevado, llenaron cumplidamente su obligación, habiendo merecido los aplausos del público el mutuo auxilio que se prestaron el uno al otro en dos ocasiones en que se hallaron en mutuo peligro.»

Cualquiera se queda haciendo cruces al leer cosas como la que copiada queda. ¿Qué lidia era aquella y qué matadores se estilaban en los tiempos del toreo verdad, que, ineptos para hacer quites, dejaban este importantísimo cuidado á los propios picadores?

Los nombres de estos valientes merecen consignarse: fueron Juan Marchena, Clavellino y Juan Martín.

El Correo, indignado contra Juan León y Manuel Parra, les soltó á renglón seguido la andanada siguiente:

«De aquí es que para complacer á los aficionados, refiriendo los pormenores de lo ocurrido en cada una de las suertes de muerte, no bastarían las ocho columnas del periódico; pero podrá formarse una idea de la destreza, inteligencia y serenidad de estos campeones del toreo, manifestando que ni una sola estocada se ha dado en la que se guarden las reglas del arte; y no se arriesgará mucho en asegurar que sin el auxilio de las puntillas ó cacheteros, medias lunas y gladiadores (?) que lucharon á brazo partido con los toros, algunos de éstos hubieran quedado vivos.»

La única defensa que pudieran tener tamaños desaguisados, consistiría en que los campeones del arte de entonces fueran dos malos novilleros.

Ya he dicho que eran Juan León y Manuel Parra. Del primero se expresa Sánchez de Neira en estos términos:

«Sin haber sido una lumbrera en el arte, supo en él llamar la atención lo bastante para figurar dignamente al lado y al frente de grandes toreros, sin desmerecer notablemente, y su nombre ha de ser citado como muy especial en bravura, dentro y fuera del redondel.»

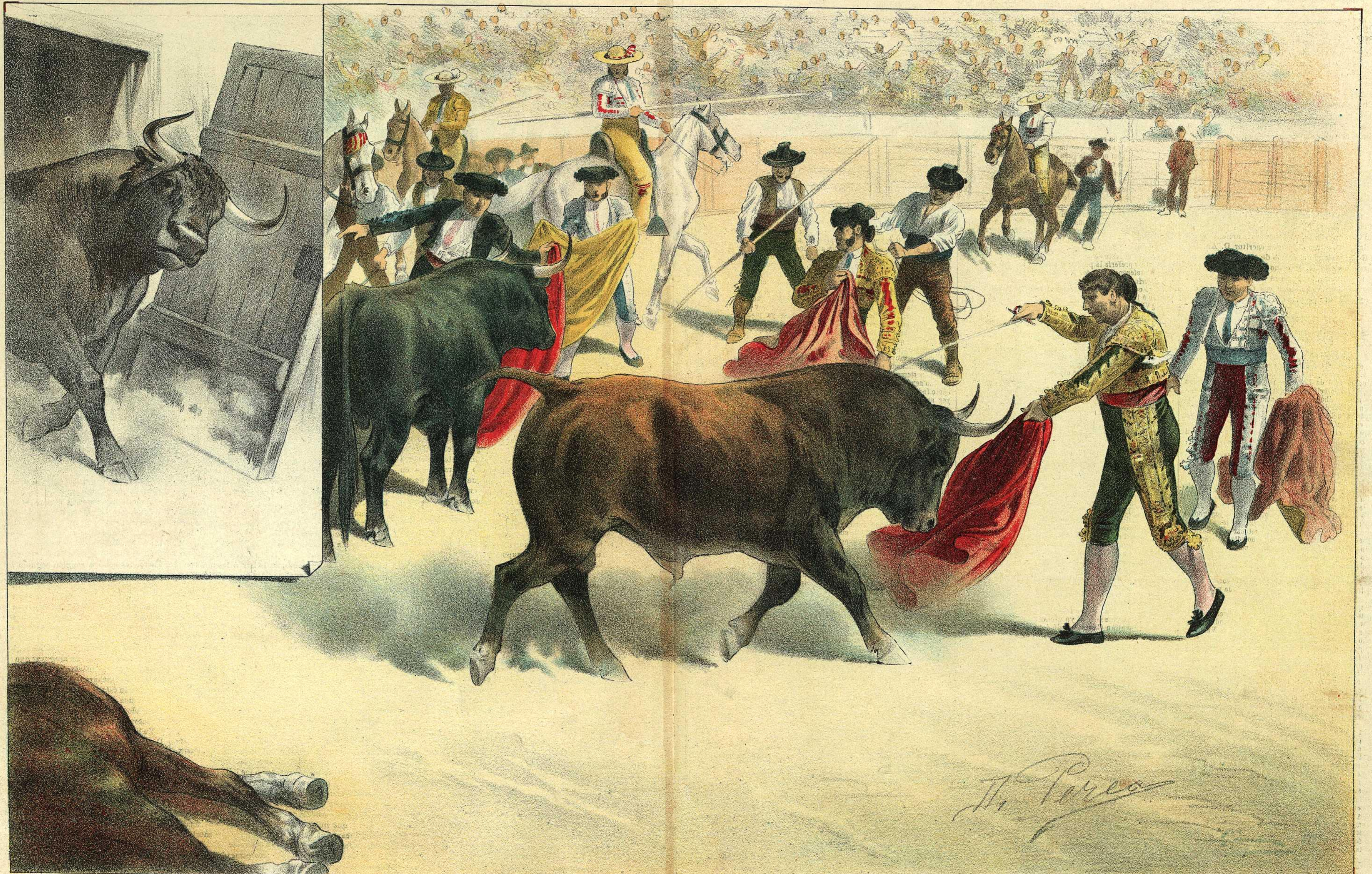
No se halla Manuel Parra en semejante categoría; pero de él escribió Velázquez y Sánchez, con referencias de Juan León, que Parra fué «un torero igual, duro, aplomado, fresco, ágil, fuerte, de recursos, de inventiva, siempre en donde debía estar, nunca distraído en la serie de las faenas, y tan pronto en concebir como listo en ejecutar lo conveniente.»

¡Así se escribe la historia!

Sánchez de Neira acorta prudentemente la ración de Velázquez y Sánchez, y deja á Manuel Parra en la categoría de «torero muy aceptable.»

De todas suertes, Juan León era una celebridad, y Parra contaba entre los espadas de peso, puesto que toreó con frecuencia en Madrid, lo cual demuestra evidentemente que en aquellos tiempos que «prelu-

LA LIDIA



Estab. Tipográfico.

Una hazaña del Chiclanero.

J. Palacios. Arenal, 27.

diaban á la aurora de Montes», como diría cualquier colorinista de aquestos tiempos, hay que quitar mucho fierro á las apreciaciones optimistas de los historiadores de la tauromaquia.

Hacerse mutuamente los quites los picadores, clavar banderillas desde la barrera, entrar á matar sin dar un pase, sin tomarse el trabajo de tantear á los toros — caso que ocurría con frecuencia — desjarretar con la media luna dos toros en una sola corrida, y todos los demás excesos que relatados quedan, y muchos más que quizá se relatarán á su debido tiempo, dan una idea bastante triste del toreo de ayer, y demuestran que el de hoy, con sus muchos defectos, vale algo más.

Dicho sea sin intención de ofender á los que tratan de hacernos comulgar con ruedas de molino.

Don JERÓNIMO

NUESTRO DIBUJO

Con el mismo título de *Una hazaña del Chiclanero*, publicó en el número 14 de esta Revista, correspondiente al 6 del corriente, un interesante artículo nuestro querido compañero el insigne escritor D. Antonio Peña y Goñi; y siendo el cromo de este número referente á aquel episodio, y como ilustración del mismo, á él remitimos á los lectores para su explicación, en donde la hallarán con todos sus detalles, y la corrección y galanura propias del autor.

SANGRE TORERA

No se extingue la raza de los aficionados de la buena cepa.

Ayer, en el café de Levante, me convencí de ello don Indalecio, sujeto apreciableísimo que ha llegado á los cincuenta y ocho años sin haber perdido ni una de las novilladas corridas en Madrid de ocho lustros á esta parte.

Yo conocía mucho á D. Indalecio, pero no lo había visto nunca en el ejercicio de sus funciones.

Al entrar en el café me llamó la atención el traje de mi amigo. Acostumbrado á verle con sombrero de copa y levita, me sorprendió hallarle de cordobés y guerrita.

— ¿A qué se debe ese cambio de indumentaria, amigo mío? — le pregunté.

— ¿Cambio? ¡Ca, hombre! Este es mi traje de faena.

Me senté á la mesa que ocupaba el caballero, pedí una taza de Moka, y saboreándolo, oí de labios de D. Indalecio lo que van ustedes á leer:

— Sí, amigo mío, sí; hombres como yo van quedando pocos. Yo no tengo vicios; lo que otros gastan jugando al mus ó á otra cosa; lo que despilfarran en vino tomado entre horas, etc., etc.; yo lo guardo para sostener mi afición, la de mi esposa é hijos, á la gran fiesta; y no sólo á sostenerla, sino á fomentarla, á engrandecerla si es posible, que en mi opinión no lo es, puesto que no cabe adoración igual al espectáculo taurino, que distingue á España entre todas las naciones de Europa y la hace célebre, y á nosotros y mis hijos entre todos los españoles. Mi padre era como yo. Me educó en la buena escuela, del mismo modo que yo educó á mis hijos.

Dos tengo: un varón y una hembra.

El primero ha matado ya cinco *uteros* en diferentes becerradas corridas para objetos benéficos, y la segunda ha presidido más de una vez en la Plaza del Puente de Vallecas.

¡Qué mujer de su casa va á ser la Isabelita! ¡Cuán feliz va á hacer á su marido! Si llega á casarse, por supuesto, que no lo sé.

— ¿Cómo se llaman los retoños esos?

— Ella Luisa y él Carlos. ¡Qué muchacho el mío! A los diecisiete años, ya le había roto un becerro tres costillas en Pozuelo. ¡Qué orgullo para mí, eh? ¡Qué orgullo!

— ¡Ya lo creo! Y qué dolor para el diestro.

— No lo crea usted, Fernando; y sonriendo, aguantó la primera vara. ¡Oh, tiene sangre torera! No desmiente la raza.

Toda ha salido á la madre. Yo, al elegir esposa, supe lo que me hacía. A excepción de un San Antonio y una virgen de la Soledad, en mi casa no había más que toros de Valdivia, grandes carteles de corridas famosas, retratos de toreros célebres y episodios taurinos; en una palabra: toros por todas partes, hasta en las alcobas. Ya lo decía Juana, que como usted sabe es el nombre de mi adjunta. «Aquí, desde que nos hemos casado, no han faltado los pitones.»

Y tiene razón para decirlo.

Hoy somos, ya que no dos vejetas, dos personas maduras, y todos los años se renuevan los cuernos. No hay temporada que no compre yo y mande disecar dos cabecitas de toros distinguidos.

Tengo docena y media de cabezas de nuestros primeros toros. Esta afición, esta sangre torera, á mi padre se las debo.

En la *Tauromaquia de Montes* me enseñó á leer. Ya sabía él lo que se hacía.

Fué gran amigo de Curro Cúchares, tan amigo como lo fui yo de Lagartijo y Frascuelo, y mi hijo lo es del Guerra y Bombita. Mi padre toreó en el Jardínillo. Allí conoció á mi madre una tarde en que aplaudía loca de entusiasmo á D. Blas Reguera. Llamó por sus manifestaciones estruendosas la atención del público en general, y la de mi padre en particular, que... vamos, que se casó con ella.

— ¡Ya!

— A los cinco meses de celebrado el matrimonio, nació yo.

— ¿Cómo á los cinco?

— Digo, á los siete. Yo soy sietemesino. Me había equivocado.

— ¡Sietemesino! ¿No se atracaron los conyuges en la suerte?

— ¡Qué se habían de atracar! Mi padre era así; según él se arrancaba en cuanto veía el objeto, y su mujer jamás se resistió á una cita. El era lo mismo: acudía tan luego como lo llamaban. Pues de ese matrimonio nació yo; mi madre, por causa de enfermedad, se vió obligada á quitarme el pecho á los seis meses, pero en vez de buscar nodriza, me acabó de criar con leche de vacas.

Hay un detalle de papá que prueba su afición á la fiesta taurina. Como conocía mucho el corazón humano, tomaba cada *curda* que cantaba el credo. Saliendo una madrugada de casa de Morán, con una cogorza de órdago, se puso á torear las burras de la leche.

— ¡Las había tomado por el encierro!

— ¿Tendría afición?

— Mi madre, no ha recosido calzoncillos ni calcetines, pero no hay en España señora que haya confeccionado más moñas que ella. A mi mujer le pasa lo mismo, y mi hija afortunadamente, sale toda á su abuela.

— Mi hijo sale á mí: tiene toda la cara de Frascuelo.

— ¿Como era tan amigo de usted!...

— Mucho: almorzaba en casa con mucha frecuencia y yo tenía en él tal confianza, que lo he dejado cazar solo en Torrelodones con mi esposa.

— ¿Hay caza mayor en aquel monte?

— Cuando yo iba, sí, señor, según decía el gran diestro; porque conociendo mis aficiones á la montaña, largaba algunos *poletos* en la espesura, para mi recreo.

— Yo no lo supe hasta después.

— ¿Y en el resto de la semana?

— Salvador prefería la perdiz; pero se dedicaba á los conejos con preferencia á todo. A romeros y tomillos oían los que su criado condimentaba.

Llegó en esto la hora de tomar el tranvía de las Ventas para ir á la Plaza.

— ¿Viene usted?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Y la familia?

— Ya estará en la Plaza.

— ¿Y á qué destina usted á sus hijos?

— Carlos ya ha empezado á dejarse el pelo. Quiere toros.

— ¿Y Luisa? ¿Cuándo se casa?

— ¡Por ahora quiere seguir siendo señorita... torera!

Eso se llama tener sangre española.

Rafael M.^a LIERN

CASTIGO JUSTO

Voy á referir un hecho de todo punto verídico, cuya época no recuerdo, y en el que intervino Pinto, picador de Julián Casas, aleas *El Salamanquino*. Era Pinto el encargado de enviar á los amigos los telegramas diciendo el resultado obtenido por Julián en las corridas; lo cual causó varios líos porque no decía nunca la verdad de lo ocurrido. Si Julián estaba mal, él le ponía magnífico; y si el otro matador estaba bien, pues... malísimo.

Un día en que torearon Cayetano y el ya dicho Julián Casas, quedó éste muy mal y escuchó silbidos, siendo en cambio Cayetano aclamado con delirio. Inmediatamente fué al telégrafo el buen Pinto y puso: «Julián, muy bien. Sanz, basura. Yo el delirio.» Al cabo de algunos días se averiguó lo ocurrido, y Cayetano juró dar á Pinto su castigo.

Una gran casualidad hizo que al otro domingo se diera el mismo cartel, por cierto en el mismo sitio, y esto para Cayetano, claro, resultó divino. Llamó á sus tres picadores y con cachaza les dijo: — Es necesario que hoy, los tres, ¿lo habéis entendido? vayáis á la enfermería antes de salir el quinto, que es un torazo muy grande, de poder y de trapío, para que pique á mi gusto el sinvergüenza de Pinto, que está pueste de reserva. ¡Se va á acordar ese pillo! La cosa resultó bien, conforme á lo convenido; y al salir el quinto toro, no quedaban de los cinco picadores más que dos. Como el toro era bravísimo y pedían picadores. Cayetano, dando gritos, mandó salir al reserva. Este se dirige al bicho,

que acomete y lo derriba, cayendo al suelo hecho un lío.

Vuelve otra vez Cayetano á gritar: — ¡Arriba, vivo!...

que el toro se está enfriando...

— ¡Pero si es que estoy *rompio*!

— No importa, es usted el reserva

y no hay más remedio, amigo.

Nuevo porrazo y diez más:

el pobre estaba molido.

Julián comprendió la cosa,

se acercó á Sanz, y le dijo:

— Hombre, por Dios, tenga lástima.

¿Va usted á matarme á ese chico?

— ¡Lástima! ¿La tuvo él

para escribir por el hilo?

EDUARDO MONTESINOS

15 Julio 96.

Notas sueltas.

Novilladas como la que el domingo 19 se perpetró en nuestro Circo, son la manifestación más terminante del *desahogo* sin límites, á que pueden llegar las conciencias ¡qué digo conciencias!, las intenciones aliadas de un ganadero y de una Empresa, para sorprender arteramente á un público, al que no deben más que atenciones y beneficios. Este, sin embargo, que tiene buen olfato, presintiendo el amaño, se retrajo como no acostumbra, y dejó vacía más de la mitad de la Plaza, y dispuesto le vemos á dejarla en claro por completo, como continúen esos abusos tan miserables como de mala sombra.

A nadie le cabe la menor duda, que la ganadería que fué de Aleas, de alguna nombradía en su tiempo, es hoy una boyada de gran tamaño; y si esto no estuviese ya plenamente demostrado, lo confirmaría en absoluto la novillada por mal nombre, á que nos referimos. Cinco mansos carreteros, en los que emplearon desdichadamente muchos kilos de carne y algunos metros de astas, desfilaron por el redondel, siempre huyendo, siempre amparándose en las tablas, siempre buscando el callejón, en el que hubo buey que se pasó más tiempo que en la Plaza; teniendo como digno apéndice un sexto, que en contraposición con aquéllos, era un choto indecente y desmochado de ambos cuernos, para mayor sarcasmo. El ganadero, que sabe lo que tiene en sus dehesas, tuvo valor, sin embargo, para que su nombre figurase en los carteles como dueño de tales alimañas. ¡Qué honor, qué dignidad y qué conciencia!

Mancheguito, Bebe chico y Parrao, que eran los matadores de esa tarde, nada pudieron hacer digno de mérito, sino es la voluntad y la paciencia que malgastaron para sujetar la media docena de prófugos. Tuvieron que deshacerse de ellos á bajonazo limpio, y aun así y todo, les dieron muerte más honrosa que merecían. El tercer espada, avergonzado del último bicho, quiso cedérselo á un banderillero; otro aficionado atravesó el redondel pidiendo permiso para estoquearlo, pero la presidencia se negó á acceder á ambas cosas, con buen acuerdo. En fin, que las cuadrillas, con tan imposible ganado, quedaron completamente anuladas, por lo que no es justo censurarles; y lo poco bueno que hubo, fué más digno de loa que en cualquier otra ocasión.

Respecto á la bronca, más acentuada que otras veces, entre el Presidente y el público, el único responsable es la Empresa. No discutimos el derecho reglamentario de lidiar ó dejar de lidiar el último toro. Lo que sí mantenemos es el derecho del público á quejarse, como consecuencia muy lógica: después de cinco enormes bueyes capaces de aburrir y reventar al *verbo*, salirle con un choto, es el colmo de la desconsideración y del abuso; y si el reglamento ampara á la Empresa en estos enjuagues, las autoridades deben amparar al público que administran: primero, para que no se explote su buena fe, y segundo, porque siempre tiene razón, pues *praga*.

Si en las tres corridas consecutivas que nos *soplan* en los días 24, 25 y 26, continuamos por el mismo camino y nos aguantamos, ya podemos entregarnos atados de pies y manos á ese *tío San* taurino, para que nos *machete*.

Hemos recibido un ejemplar del magnífico cartel de las fiestas de Valencia, y otro del de las corridas de toros que han de verificarse en la misma hermosa ciudad de las flores.

Ambos son preciosos en cuanto al dibujo, particularmente el primero; y por lo que respecta á estampación y colorido, de lo más acabado que hemos visto en este género de trabajos, que honran á la conocida casa de D. José Ortega, que los ha llevado á cabo, y acreditan la justa fama de que goza en toda España.

Agradecemos vivamente el recuerdo y felicitamos con efusión al distinguido y popular impresor valenciano.

Con esto demuestra Ortega que no ha dado e paso atrás, y que en su negocio llega adonde llegue el que más.

En la imposibilidad de contestar personalmente á cuantos se han interesado por la salud del diestro valenciano Julio Aparici (Fabrilo), durante su reciente y grave enfermedad, nos suplica en atenta carta nos hagamos intérpretes de su agradecimiento, por las muestras de afecto recibidas en el transcurso de la dolencia que últimamente le ha aquejado.

Cumplimos con gusto su encargo, y celebramos también muy sinceramente el feliz restablecimiento del aplaudido matador.

Don Cándido